

NOMBRE: Marcos Pérez Barreiros

PERSONAJE: GUSTAVO de los brazos largos

Brazos extremos

Encendió la lámpara de la habitación de enfrente y, Gustavo, empezó a jugar con la oscuridad. Primero, con todo aquello que le rodeaba, lo que tenía más cerca: muebles, sillas, relojes, cuadros... hasta algún que otro supuesto juguete. Después, cansado de cierta repetición, probó a dar vida a los animales que habían pasado por delante de su ventana sin apenas percatarse de su presencia: palomas, gatos, perros... gaviotas y, hasta búhos. Eran algo más que sombras en la pared. Eran trajes de vida hechos a medida. A semejanza del paso del tiempo que engullía todo lo que veía. Todo lo que el ser humano había creado con la firme esperanza de un recuerdo imperturbable en la memoria. La memoria de unos tiempos hablados. El motivo, la razón primordial de que Gustavo representase con sus largos brazos, los pausados movimientos de su interior. Gustavo, en esos instantes, era un niño triste. La soledad no conocía formas ni redondeces. Sencillamente llegaba y se incorporaba a las pequeñas, grandes cosas. Las hacía suyas. Les daba una segunda piel. Las marchitaba. Y, Gustavo, lo sabía. Lo había aprendido en largas madrugadas tocando el techo de su habitación con cada uno de sus dedos. El índice, el meñique y el pulgar. Siempre en este orden contaba las horas para llegar a un nuevo amanecer. Salvo hoy, que ya harto de verse siempre relegado a ser un atuendo más, decidió abrir un gran agujero en cada una de los objetos que conocía. Las sombras que formaba con sus largos brazos, eran una simple excusa para obrar en directa consecuencia con los hechos: los atravesaría con la disonancia de un día repleto de felicidad. Las segundas pieles se caerían y él, con la gallardía de una infancia mal mutilada, las recogería una a una para postrarlas a sus pies. Sería el amo y señor de todos los cuerpos ajenos. Allí, en el suelo, no podrían volver, jamás, a hablar mal de él. Ni tan siquiera, podrían intentarlo. Gustavo, hablaría. Gustavo, les arrancaría todo lo que la hondura de la vida les había proporcionado. Gustavo sería, para el resto de sus días, un niño inmensamente feliz.

El contenido hurtado deambulaba sin rumbo fijo a la espera de que, Gustavo, comenzase a saborear el gran manjar de su vida. Tenía apetito, pero también tenía los brazos cansados. Arrítmicos de tanto ir y venir. De tanto coger y formar. Así que, reposaban a lo largo de la habitación sobre una inmensa alfombra gris perla, sobre la cual, a veces, los sueños se fugaban a través de los cristales de la oscuridad. Esos, de los cuales, él lo conocía absolutamente todo. Los había acariciado centenares de veces aguardando una respuesta. Una mínima contestación que penetrase en los recovecos de los ángulos de sus brazos, y subiese hasta el flujo interior de sus deseos. Esos mundanos deseos de intentar exteriorizar cada sentimiento con un gesto. Un simple gesto de timidez que ocultase el disfraz de niño distinto. Raro a la visión de los espejos. Siempre crueles con su fiel reflejo. Una pesada carga que pendía de unos hombros eficaces a la hora de esquivar, aquello que la luz de la noche iluminaba con sus mejores destellos de desdén. El germen de la envidia ajena se había fraguado en esas eternas soledades nocturnas. Una envidia ajena sana, ceñida sin embargo, a los múltiples miramientos con los que tenía que combatir a

diario. La lucha por conseguir abatir parte de las esferas infantiles, había dado comienzo, y él, por una vez, era el verdadero epicentro.

Tanto a su izquierda como a su derecha, el pulido de las sombras había dejado el camino sembrado de estrecheces. Perfectas, ellas, para que la comunicación de sus intenciones llegase lo más lejos posible. Hasta aquellos lugares que había percibido por el leve contacto. Por la leve intromisión del que no ve lo que toca. Ahora que era plenamente consciente de lo que poseía, consumía sin parar. Sin apenas tomarse un breve respiro para algo que no fuese elevar, emerger, cada una de sus ya angélicas extremidades, hacia el interior de su vocación. Gustavo, queriendo, había encontrado una profesión. Un ejercicio, en el cual, sumergir su inquietud sin miedo a sufrir ningún tipo de daño. Había engrandecido lo que tenía engrandecido: la extrema levedad de sus dos largos brazos.